

LAS BODAS DEL MAÑO



15 cts.

BATURRADA N.º 4

BATURRADAS

Las bodas del maño

POR

JUAN DEL EBRO

EDITORIAL PIÑOL

París, 204

BARCELONA

LAS BODAS DEL MAÑO

Difícilmente se hubiera podido encontrar en todo Aragón, desde Caspe a Sabiñánigo, y desde Arbués a Calatayud, una pareja de novios más testarudos que Celipa, la hija del tío Cleto, y Manolico, el hijo mayor del tío Crispín.

Todo su noviazgo había sido una pelotera continua.

Cosa que la novia encontraba bien, él había de reputarla de disparatada, y, en justa reciprocidad y correspondencia, todo cuanto Crispín veía digno de alabanza, a Celipa le parecía vituperable en alto grado.

Así, nada tiene de particular que entre los dos novios ocurrieran a menudo escenas como ésta:

—Celipica e mi alma: estóy esperando que seamos casaus pa podenos ir a dormir junticos en cuanto hayamos cenau. ¿Verdá, chiquia, que nos pasaremos toa la noche abrazadicos como dos críos?

—¿Inós a dormir en cenando? ¡Miá que a tú se te ocurren unas cosas! ¿Quiés que m'haga mal la cena por acostame con el bocau en la boca?

—Güeno... güeno, chiquia. No ti pongas así ni

m'hagas mala cara, que andispues no pueo pegar un ojo pensando en que no mi quieres... Nos iremos a dormir a las nueve y media ca noche, y asunto terminau. Pero ¿nos estaremos bien abrazadicos, no?

—¿Abrazadicos? ¡No me gusta que m'interrumpan el sueño! Y andimpues, con el olor d'ajo qu'haces siempre... No, no... Dormiremos separaus, y si no ti gusta, me ejas.

—Está bien... está bien... Puesto que lo quies así, maña, no dormiremos abrazadicos. Lo que no será ostaculo pa que tengamos muchos chiquios, ¿verdá, Celipica?

—¿Chiquios? ¡No quió criquios! ¿Aun te paice que mi dará poca faena el cuidate, que eres más abandonau que un defunto en el ciminterio, que andimpues quies cargame e rapazuelos pa que ande tóo el día hecha una arrastrada? ¡Si quies chiquios, ti los cuidas tú, zopenco!

—Al menos uno, Celipica, que un matrimonio sin pequeñicos, es más triste que una viña con filoserá...

—¿Uno? ¡Güeno! Uno, entoavía... Pero, con la condición de que no habrá d'hacer e labrador como el bruto e su padre.

—¿Pus, que querrás que sea?

—¡Otra, que rediez! ¡Abogau, como el hijo el hacendañ, qui tiene una casa en Zaragoza que dá gusto e vela y tóo se lo ha ganau con pleitos y tracamandanas...

—¿Un hijo mío picapleitos? ¡Antes lo hago

guardia cevil! ¡Miá tú que tendría papeles, que un hijo mío se ganara la vida andando pol juzgäu, y sacándoles los cuartos a la gente, con cuentos y trapisondas!

—Pus, quiás que no quiás, si tenemos un hijo, ha de ser hombre de carrera.

—Güeno... ¿Ves? Eso de que quiás que sea hombre e carrera, ya me paice mejor. Pero le podemos hacer aprender d'otra cosa... Por ejemplo, de medico...

—¿Como! ¿De manera que tú querrias que yo me pasara toa mi juventud criando a un chiquio, pa que luego un día se le pegue un tifus o unas quartanas de cualquier enfermo? ¡Antes lo cojo y lo tiro al corral, pa que se lo coman los cerdos!

—¡Pero, Celipica, no igas disparates!

—¡Tú, me los haces icir, que no piensas cosas a drechas!

—¿Por qué me güelves tonto e remate con tus maneras e mirar las cosas y contraiciéndome siempre! Pus, ahura ¡pa que lo sepas! ¡Si un día tenemos un hijo, será medico tanto si quies como si no, que a tozudo no me gana ni el burro e el tío Crispulo!

—¿Ni a mi la mula e casa el boticario!

Comunmente, tras tan edificantes escenas, había unos cuantos días de mala cara, de mirares huraños, y el palique entre los dos novios quedaba reducido a una conversación de monosílabos forzados.

En el pueblo, donde la testarudez de ambos

era proverbial, Manolico y Celipa constituían el tema de todas las conversaciones.

—¿Has visto a Maolico y a Celipa?—decían las comadres—. ¡Ahura les hi visto en el portal, y mirar que cosa más extraña: no estaban de pelea!

—No habrás estau delante d'ellos ni medio minuto.

—A icir verdã que tiés razón, porque me marchaba escapada pa llegar pronto a casa que no se me quemara el puchero.

—Pus, siguro que, si golvias a pasar, ya les verías que estaban riñendo.

—Pué que sí.

—¡De fijo! Esos dos, en cuanto estén casaus, al juez e paz li van a tener que poner un suplente.

—Y los cacharrereros si van a hacer di oro, porque cá mediodía y cá noche si tirarán los platos por la caeza.

Así murmuraban todos cuantos conocían a Celipa y a Manolico, y no exageraban, por lo que han visto ya nuestros lectores.

Sin embargo, a pesar de sus continuas peleas, los dos novios se querían entrañablemente.

Eso sí, nunca querían ceder en nada.

Y, con los más fútiles pretextos armaban jarana continuamente, con gran desesperación de sus respectivos padres.

*
**

Afirma un dicho popular que, puesto que se arregló lo de Caparrota, que debió ser sin duda algo muy grave, todo en este mundo tiene solución. Y el tío Cleto y el tío Crispín, hartos ya de las continuas peleas de sus respectivos vástagos, creyeron un día llegado el momento de dar una solución a aquella especie de guerra civil, buscando una fórmula cómoda y satisfactoria para todos: casarlos.

Una mañana, los dos viejos se encontraron en la Plaza Mayor, a donde habían acudido a tomar el sol y empezaron a charlar.

—¿Qué, tío Cleto? ¿Cómo va el sembrau?

—Talcualicamente. ¿Y los sarmientos?

—Mesmamente igual.

—¿Y los animales?

—Bien, gracias pol interés.

—Oye, Crispín: ¿sabes que mi paice qu'ha llegau el momento qu'hablemos e cosicas serias?

—¿Quiés icir e Manolico y Celipa, no?

—Mesmamente.

—¿Y qué te paice?

—Pus que cá día se pelean y si enfurruñan más, que a veces, paicen dos gatos que si disputan un ratón. Y esto, lo habríamos d'acabar como juera.

—A mi, mi paice que es que se tienen rabia, como si si quisían morder.

—A mí mi paice lo mesmo.

—Bien mirau, lo mejor, sería casalos.

—Eso había pensau yo.

—Pus, mira: lo mejor es que ca uno los pre-

venga y veamos si podemos ya ahura mesmo de-
jalo tóo arreglau. ¿No ti paice?

—¡Claro!

Y los dos vejetes empezaron a echar cálculos,
y mirar si vendría mejor para San Lorenzo o
para San Miguel, que eran dos fiestas a propósi-
to para celebrar tan magno acontecimiento.

El tío Crispín tuvo una idea:

—¿Sabes que podríamos hacer? Se lo diré a
Manolico, y él que lo consulte con Celipa.

—No está mal eso—replicó el tío Cleto—aun-
que ya m'imagino que escomenzarán a enfurru-
ñarse el uno con el otro, porque como siempre,
los dos pensarán diferente. Pero, de toas mane-
ras, me paice lo mejor.

—¿Entendidos?

—Entendidos.

Y, dichas estas palabrás, el tío Cleto y el tío
Crispín se separaron, para ir a hablar con sus
respectivos vástagos del fausto suceso en perspec-
tiva.

*
**

Aquella noche, cuando Manolico fué a visitar a
Celipa a su portal, le habló de esta manera:

—Miá, Celipica: m'ha llamau mi padre, y m'ha

dicho qu'había hablau con el tuyo sobre eso del
casorio.

—¿Qué quiés icir?

—¡Otra que ridiez! Pues, que ya hace emasiau
tiempo que andamos haciendo el tonto tú y yo, y
que ya siria hora de que juésemos a la vicaría.

—¿Deso habeis hablau?

—¿Pus, de que quisiás que habláramos?

—¡Que si yo!

—Güeno: ¿qué tengo que icile a mi padre, Ce-
lipica?

—Pus, que si... ¿Y pá cuando habeis pensau?

—Mi padre icia que pa San Lorenzo...

—¿Pa San Lorenzo, que hace un calor que los
pájaros si mueren tostaos? ¡Eso no lo debe haber
icho tu padre! ¡Eso debe ser alguna idea tuya,
disparatada como todas!

—Verás, mujer, verás... Tóo si pué conciliar.
Tamién habíamos icho que pa San Miguel.

—¡Eso! ¡Pa cuando güelven al pueblo las cria-
das e servir!

—Antonces ¿cuando ti paice?

—¡Yo que mi sé! Antes, mi tengo que hacer
ropica y una porción di cosas, y tú no piensas en
nada.

—¡Miá que eres tozuda!—dijo por fin Mano-
lico—. Ti digo que pa San Lorenzo, y mi con-
testas que hace emasiau calor. Ti digo que pa
San Miguel y mi ices que es cuando güelven las
criadas de servir al pueblo. Antonces, ¿por qué
no ices tú una fecha qui isté bien pa tóos?

—Vamos a ponele pa Tóos Santos.

Esta vez, el pobre Manolico ya perdió la paciencia.

—¡Al mesmo dimonio no si li ocurre otra cosa! ¿Casanos en tiempo e difuntos? ¿Pa que tóo el mundo se ría e nosotros? Al menos dijeras que pa San Martín...

—¡Eso mesmo! ¡Y así nos compararán con los puercos! ¡Dirán que nos ha llegau la nuestra! ¡Pus, ya que eres tozudo, no mi quió casar ni pa San Martín ni pa Tóos Santos!

—¿Pus, pa cuando?

—¡Ya lo veré! ¡Hablaré con mi padre y ya resolveremos!

Y el pobre Manolico no le pudo sacar una palabra más en claro.

Cuando le contó a su padre el resultado de su entrevista con la Celipa, el tío Crispín se rascó el cogote, cosa que, en él, era una señal infalible de preocupación.

—Miá, chiquio—le dijo—como a esa moza no l'has andado un poquico más drecha, en cuantico estés casau te dará más quebraderos de caeza que un pedrisco en tiempo e cosecha... Conque, mira di ponele un poco las peras a cuarto, porque sino, nunca ti hará caso y t'hará pasar siempre por ande le venga en gana. Te vas a vela, y ahura li ices que, tanto si quíe como sinó, va a ser el casorio pa San Lorenzo, que yo ya hablaré con el tío Cleto pa que no ponga dificulta-

des. ¡Rediez! ¡Estaría bien la chiquia esa, que nos haría ir a tóos de caeza!

—¿Y si me manda a escardar cebollinos?

—Li ices que ya eres emasiau grande pa que se te burlien e tí. ¡Otra que rediez! ¿Tú, que eres tan tozudo, no la sabes hacer entrar en razón? ¡Si cuando yo m'iba a casar con tu defunta madre, que Dios l' haya perdonau y no la saque e el Cielo, si es que allí está, m'hubiera contestau así, li doy un trancazo que la parto el alma!

—Güeno, güeno...—dijo Manolico—. ¡Lo que es a tozudo, no hay quien mi gane! ¡De manera que, si li paice a usté que el tío Cleto no si va a enfadar, ya l'aseguro a usté que nos casamos Celipa y yo pa San Lorenzo, aunque caigan piedras e canto!

*
**

Sin embargo de aquellas continuas peleas, y aunque parezca inverosímil, Celipa y Manolico llegaron a casarse. Claro que no fué ninguno de aquellos días, sino el treinta de agosto, fiesta de Nuestra Señora de la Consolación, que, a guisa de transacción justa, había señalado el escribano del pueblo, como oportuna y cómoda.

Renunciamos a describir los mil y un incidentes que ocurrieron el día de la ceremonia, que fué de lo más lucido que se había visto en aquel

pueblo en muchos años. Hubo diana por la banda de música; convite fenomenal, baile por todo lo alto, fiesta en el zaguán de casa de la novia y una tronada, acompañada de piedra seca que no dejó entero ni un cristal de las ventanas.

Tras semejante cúmulo de emociones, llegó para Manolico y Celipa la hora del clásico «¡Por fin, solos!», y la pareja de recién casados se encaminó a su casa para gozar del merecido reposo después de tanto ajetreo.

Fué entonces que Manolico creyó llegado el momento de empezarse a tomar en serio su papel de marido.

—Miá, Celipica—le dijo—. Ya ti debes acordar de lo que ha dicho el padre cura cuando nos ha leído la pistola aquella de San Pablo. Que tú mi debes obedecer en tóo, y no mi debes contraircir nunca. Conque, yá lo sabes.

—¿Que ti obedezca yo en tóo? ¡Si que estás güeno, tú! ¡Como si pensaras nunca a drechas!

—Piense a drechas o a tuertas, en casa, dende hoy, se hará lo que a mi mi venga en gana. ¡No falta más! ¡Y sinó, güena vara e fresno m'ha regalao mi padre pa que t'haga entrar en razón!

En estas, habían llegado a su casa. Abrieron la puerta y se fueron a su habitación, donde Celipa empezó a hacer remilgos, diciendo que se daba vergüenza de desnudarse delante de él...

—Güeno, chiquia. En eso sí que no ti contrairciré. Apagaré la luz, y tóos en paz.

Pasaron unos momentos durante los cuales el

más profundo silencio reinó en la cámara nupcial.

—¿Aun no istás, Celipica?

—Es que me s'ha enredau un nudo del corsé, y no me lo pueó dishacer...

—¿Quiés que t'ayude?

—No, no... Aun me lo enredarías más de lo que istá...

Nuevo silencio.

—Manolico...

—Celipica e mi alma...

—Me paice que t'has dejau abierta la puerta...

—¿Yo? ¡Que l'hi d'haber dejau!

—¡Ti digo que sí!

—¡Ti digo que no!

—Anda a cerrala.

—No me dá la gana. Ves tu.

—¡Tú has d'ir, apatusco, que tu l'has dejau abierta!

—¡La que has de ir eres tú, qu'eres la qu'has de cuidiar e casa!

—¡No me dá la gana!

—¡Pues tendrás qu'ir tanto si quiés como sinó, porque yo, como marido, mando, y tu m'has d'obedecer!

Y no hubo manera de sacar nada en claro. Ella erre que erre, y él en sus trece. Hasta que Manolico, que era siempre el que cedía, y aquella noche no había de faltar a la excepción, dijo:

—Miá, Celipica: esto lo himos d'arreglar d'una manera u de la otra. ¿Sabes que podemos hacer?

T. 828538

FJOTA. F-210

R. 139562

CB. 3621340

Sol-a

3001

EL AMOR EN VERSO

POESIAS PARA POSTALES

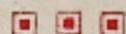
para ellas, para ellos y para todos

Discreteos, declaraciones, con-
firmaciones, esperanzas, reali-
dades, pesadumbres, alegrías
:: :: rencores y celos :: ::

Felicitaciones de Santo, cum-
:: :: pleaños y año nuevo :: ::

por

DIEGO DE MARCILLA



Es un elegante tomo de noventa y seis
páginas en rico papel

CUBIERTAS ARTÍSTICAS EN TRICOLOR

Cada tomo: UNA peseta